

Medrano no desarrolla otras ideas morales que las de Horacio. Así escribe á Fr. Pedro Maldonado :

« Vive despacio , olvida cuerdamente
Lo pasado , no temas lo futuro ,
Mas con seso maduro
Goza del bien presente ;
Que todo es humo y sombra y desaparece ;
Dejará Eutropio sus preciosos lares ;
Sus rentas , sus lugares ,
Y cuanto le envanece....
Todos seremos , todos , cuán temprana
Víctima de la muerte. ¿ Qué cansamos
La vida ? Hoy , hoy , vivamos ,
Que nadie vió á mañana. »

Era Medrano un excelente versificador , y siempre acomoda con destreza combinaciones fáciles y ligeras á sus odas , como quien comprendía la oculta relación del ritmo con el sentimiento y con la idea. Usa mucho la estrofa de Francisco de la Torre , pero aconsonantada ; v. gr. :

« Sosiego pide á Dios en la desierta
Y alta mar el piloto , á quien la luna
Nubes robaron tristes , y ninguna
Le luce estrella cierta.
Sosiego el alemán infante armado ,
Sosiego el volador jinete moro ,
Que no con perlas , Niño , ni con oro
El sosiego es comprado.... »

De Francisco de la Torre tomó esta otra forma de cuartetos :

« Mas los daños del tiempo , presurosas ,
Las lunas los reparan ,
Y restituye el céfiro las rosas
Que los cierzos robaran.
Nos , de peor condición , si tal vez una
A aquella luz cedemos ,
¿ En qué Abril , á qué viento , con qué luna ,
Renovarnos podremos ? »

Pero les dió mayor variedad , usándolos de dos maneras distintas :

- 1.ª « Si de renta más cuentos
Que los ingas y chinos alcanzares ,
Y tus anchos cimientos
Las tierras ocuparen y los mares.... »
- 2.ª « ¿ Qué pide al cielo el bien disciplinado
Filósofo ? De Crespo no el tesoro ,
Ni de Midas el oro ,
Ni de Augusto el estado ,
Ni el trigo que Sicilia fértil siega ,
Ni las vacadas de Calabria gruesas ,
Ni las anchas dehesas
Que el claro Betis riega.... »

Con frecuencia emplea Medrano una especie de *liras* propia y peculiar suya , á este tenor :

« ¡ Oh , mil veces conmigo reducido
Al postrer punto de la vida odioso !
¿ Cuál astro poderoso
Hoy te ha restituido
A tu suelo dichoso ?... »

Las estrofas de seis versos le son familiares, por ejemplo :

« Allá Grecia remisa
Sufre el yugo tirano , y el pie besa
Que la cerviz le pisa ,
¡ De tan gentiles pechos digna empresa !
¿ Dónde tus soberanos
Ingenios , Grecia , dónde están tus manos ? »

No faltan en sus poesías ejemplos de estrofas largas , con la particularidad notable de que suelen terminar en un *eptasilabo* , contra la costumbre de nuestros poetas clásicos.

Dispénsennos estas citas y estos pormenores rítmicos los amantes de profundas consideraciones y vastas síntesis. Precisamente por no tener en cuenta estas minucias , se han cometido graves yerros al clasificar en escuelas á nuestros poetas , alterando las naturales relaciones de unos con otros , y rompiendo el hilo de la tradición literaria que los une .

Jáuregui , ingenio *italiano* por excelencia , compuso una larga *Canción al oro* , horaciana en las ideas , mas no en la estructura , y tan admirablemente escrita y versificada como todas las poesías de su primera época . Cuánto se acordaba del *Inclusam Danaem* al componerla , mostraránlo estos versos :

« Ya con la Argiva dama
Servida del Tonante ,

Fueron de Acrisio los recatos vanos ,
Cuando apagó la llama
Del cauteloso amante
Tu espesa lluvia de lucientes granos.... »

Jáuregui tiene donde quiera la expresión rica y lozana del *Acaecimiento amoroso* , su poesía más característica , mas nunca la rapidez horaciana , ni aun cuando quiere imitar el *Maecenas atavis* ,

« Con un igual desvelo
Se entrega el cazador al bosque espeso ,
Y sin envidia al lecho regalado ,
Pasa la noche al yelo ,
Al jabalí atendiendo , que el sabueso
Ya levantó , ó al tímido venado.
Tras el neblí templado
Otro se aventura , y de la vista pronta
No pierde el blanco de la garza alada
Con el halcón trabada ,
Que en vuelo oblicuo al cielo se remonta ,
Y su halcón tal vez y su contento
Lo lleva el aire , como pluma el viento . »

Este trozo es de buena y noble poesía descriptiva ; pero nada hay más lejano del estilo de Horacio que esa insistencia en los detalles y ese afán de describirlo todo . Una vez fué horaciano Jáuregui , y esa sin quererlo , y cantando precisamente el asunto más cristiano y español que puede imaginarse , los místicos desposorios de Santa Teresa .

Extraño ha sido el destino de Rioja . Su celebridad se funda principalmente en dos poesías

ajenas, las *Ruinas de Itálica*, de Rodrigo Caro, y la *Epístola Moral*, de Fernández de Andrada. Pero, aun separándolas, queda en Rioja un admirable poeta, y poeta con frecuencia horaciano, en las silvas y en los sonetos. El mayor brillo de aquellas composiciones no ha dejado hasta hoy percibir debidamente el mérito de estas otras, más modestas y sencillas. Al hablar de los traductores, mencioné ya un soneto suyo, imitación muy directa del *Extremum Tanain si biberes*:

«Oye con qué ruido la violenta
Furia del viento en el jardín se extiende,
Y que apenas aun la puerta se defiende
Del soplo que en mí daño se acrecienta.

Pon la soberbia, ¡oh Laida!, y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado
El umbral que adorné de fresca rosa;
¡Que no siempre tu ceño y tus enojos
Podré sufrir, ni el mustio invierno helado,
Ni de Bóreas la saña impetuosa!»

También es imitación, y muy bella, de Horacio, el soneto que principia:

«No esperes, no, perpetua en tu alba frente,
¡Oh Aglaya!, lisa tez, ni que tu boca,
Que al más helado á blando amor provoca,
Bañe siempre la rosa dulcemente....»

No es necesario recordar el origen de esta sentencia:

«Pasa, Tirsis, cual sombra incierta y vana
Este nuestro vivir....»

De las primeras estrofas del *Canto secular*, sacó nuestro poeta aquel otro soneto, que principia con dos versos famosísimos:

«Almo divino sol, que en refulgente
Carro sacas y escondes siempre el día....»

Dejadas aparte las incomparables silvas *A las flores*, no sin recrearnos de paso con aquella música divina:

«Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes
Que blandas rompe y tiende le Ponto en Chío,
Y quizá te formó suprema mano
Como á Venus, también, de su rocío,»

conviene hacer mérito de otras piezas más propiamente horacianas, cuales son la oda *Al Verano*:

«Fonseca, ya las horas
Del invierno ateridas....»

y las dedicadas á la *tranquilidad*, á la *constancia*, á la *riqueza* y á la *pobreza*, cuatro composiciones que, después de las de Fr. Luis de León, son lo mejor que en punto á odas *morales* atesora nuestra literatura. No están exentas de conceptos oscuros y frases laboriosas; pero, ¿quién no las perdona al leer trozos como este?

«¡Oh! ¡ejercite yo siempre el sufrimiento
Con frente no marchita!
Que los valientes ánimos más deben

A la acerba ocasión que á la dichosa,
 Porque en el daño su valor se aumenta,
 Como el estéril campo que acrecienta
 Su virtud, abrasado
 En incendio sonante y dilatado....
 ¡Oh, cuánto es infelice quien la vida
 Breve pasa olvidado,
 Siempre igual, cuando nace y cuando muere,
 Yace en alto silencio sepultado!»

En todas las poesías morales de Rioja, y aun en las silvas *A las flores*, se nota una grave é intensa tristeza, conveniente, por cierto, á estos últimos destellos de la escuela sevillana, que logró de Dios el raro privilegio de coronar su gloriosa vejez con una obra maestra, y bajar al sepulcro, no arrullada por cantos de amores, sino por los altos consejos de la antigua sabiduría. Refiérome á la *Epístola* celebrísima del capitán Fernández de Andrada, atribuída á Rioja, hasta que el docto gaditano D. Adolfo de Castro ha descubierto su autor verdadero. En la *Carta á Fabio*, los pensamientos son trillados, son hasta lugares comunes; pero, ¡cómo los realza la expresión vibrante y sentenciosa del poeta! Muchos se han convertido en proverbios, y viven en la memoria de literatos y de indoctos. Es esta pieza el *summum* de la Epístola horaciana, y uno de los más bellos monumentos de la escuela de Sevilla. Gloriosamente la enterró el capitán Andrada.

V.

No se agotó en la escuela sevillana toda la vitalidad de la poesía andaluza. Florecieron al mismo tiempo otros dos grupos poéticos, que el engreimiento local ha bautizado con los nombres de escuelas *cordobesa* y *granadina*. Que Córdoba y Granada dieron en nuestra edad de oro excelentes poetas, nadie lo negará por cierto. Pero que estos ingenios aparezcan entre sí bastante enlazados, y ofrezcan la similitud de condiciones y estudios necesaria para constituir una escuela poética con *teoría* y *práctica* propias, cosa es difícil de admitir, en vista de los datos históricos. ¿Qué semejanza puede haber entre Pablo de Céspedes y Barahona de Soto, ni entre éstos y Góngora? Poca ó ninguna. Más relación se observa entre los granadinos y antequeranos, y, ciertamente, Juan de Arjona, Gregorio Morillo, Luís Martínez de la Plaza, Pedro Espinosa, Agustín de Tejada, doña Cristobalina Fernández de Alarcón, Soto de Rojas, Pedro Rodríguez, Vicente Espinel, tienen algunos caracteres comunes de estilo y versificación, mas no bastante determinados ni de bastante importancia para que podamos calificar de *escuela* á la reunión de estos lozanísimos ingenios.

¿Quién fué el legislador y preceptista, el Bro-

cense, ó el Herrera de esa escuela? ¿Qué doctrina estética ó crítica la dirigió en sus creaciones? ¿Dónde están sus períodos de infancia, desarrollo, virilidad y decadencia? ¿Hay entre sus discípulos alguno de individualidad tan enérgica como Fr. Luís ó Herrera, bastantes á dar tono y color á sus respectivas escuelas? Pienso que no. Mas lo indudable es que los ingenios de Granada y Antequera forman un grupo de consideración en la historia de nuestra poesía lírica, y conviene estudiarlos reunidos, para buscar en ellos el elemento *horaciano* que vamos persiguiendo.

Los padres y fautores del movimiento literario en Granada fueron, á lo que entiendo, don Diego de Mendoza en sus últimos años; Hernando de Acuña, que murió allí, pleiteando la sucesión del condado de Buendía; Gregorio Silvestre, organista portugués, partidario en un principio de la escuela de Castillejo, y cultivador al fin del endecasílabo, en el cual fijó la ley de los acentos; y el negro Juan Latino, señalado por su poema en loor de D. Juan de Austria. Pero el gran desarrollo de la llamada escuela no tuvo lugar hasta fines del siglo xvi. Por entonces trabajaba el licenciado Juan de Arjona en su excelente traducción de Estacio, que continuó Gregorio Morillo, y entonces se escribieron la mayor parte de las composiciones líricas

que en 1605 recogió en las *Flores de poetas ilustres* Pedro de Espinosa. Recorriendo aquella curiosa colección, tropiézase muy luego con el nombre y obras del Dr. Agustín de Tejada Páez, uno de los más valientes poetas de la *escuela*, notable por el número y altisonancia, con frecuencia excesiva, de sus versos. Tres de sus canciones (*Á la Asunción, Á la Desembarcación de los Santos de Granada, Á la armada Invencible*) son imitaciones del estilo de Herrera; pero otra de las escasas poesías suyas publicadas por Espinosa pertenece al género moral de Horacio, cuyo estilo y pensamientos remeda con bastante felicidad, aunque no sin algunos rasgos de mal gusto. Hablando del sabio, dice:

«Vese este tal entre salobres ondas
Que al cielo se levantan,
Y que en peñascos cóncavos quebrantan,
En muerte envueltas, las arenas hondas,
Mas su divino aliento
Calma el mar, rinde el tiempo, enfrena el viento.

Vese este tal donde el furioso scita,
Entre escarchada nieve,
Sangre espumosa de caballos bebe,
Y va ante él, aunque más su furia incita,
Más seguro y constante
Que ante el ladrón desnudo caminante.

Y si por caso de su patrio muro
El contrario avasalla
La libertad, á fuerza de batalla,
Entre el común despojo está seguro;

Burla de su enemigo,
Porque sus bienes llevará consigo.»

Grande era, en verdad, el estro lírico del que acertó á expresar la constancia del sabio con esta soberbia imagen:

« Sólo el sabio se ve firme y constante
Entre mudanzas tantas,
Porque tiene firmísimas las plantas
Sobre duras columnas de diamante.»

Esto vale tanto como el *Justum et tenacem*. El *Constancio* á quien va dedicada esta oda es el licenciado Andrés del Pozo, de quien se conservan manuscritos una oda *A la noche* y un poema *Al elemento del agua*.

Otras poesías de Tejada conozco, no insertas en *Las flores* de Espinosa, pero ninguna de ellas pertenece al género horaciano.

Poeta de muy diverso temple fué Luis Martín ó Martínez de la Plaza, cuyo renombre estriba principalmente en sus madrigales. Es recuerdo del *Audívere Di mea vota*, *Lyce* un soneto suyo, que principia:

« Lidia, de tu avarienta hermosura
Pide el tiempo enemigo larga cuenta....»

Á Gregorio Morillo pertenece una viva y donosa sátira en tercetos, lindamente versificada, y más del estilo de Horacio que del de Juvenal, á lo que entiendo.

No tengo á Juan de Morales por granadino: nació á orillas del Betis, según dice él mismo, pero no hay duda que pertenece á este grupo poético. En su oda al señor de Guadalcazar hay imitaciones horacianas. El *Vixere fortes ante Agamemnona* está reproducido en estos versos:

«No fué solo en el mundo Ajax valiente,
Ni el valeroso Héctor el primero
Que murió peleando por su tierra;
Mas éstos la divina voz de Homero
Conserva en la memoria de la gente,
Aunque breve sepulcro los encierra.
Hombres hubo famosos en la guerra
Antes de Agamenón.....»

Ignoro también la patria de un D. Fernando de Guzmán, de quien anda en las *Flores* una oda algo semejante al *Vides ut alta stet nive candidum*. El tono de burlas que á veces toma el autor perjudica al efecto de su composición.

Sumamente prosaica es una canción moral del Dr. Andrés de Perea, compuesta á ejemplo del *Beatus ille*:

«¡ Por cuán dichoso estado
Aquél puede tenerse
Que con pobre posada está contento !...»

Vicente Espinel merece señalado lugar en este catálogo, así por sus traducciones, de que en lugar oportuno queda hecha memoria, como por algunas de sus poesías líricas originales, espe-

cialmente la epístola *Al Marqués de Peñafiel*, en que ha sido muy celebrada la descripción de un incendio y rebato en la ciudad de los Alhamares.

El licenciado Luís de Barahona de Soto, autor del célebre poema *Las lágrimas de Angélica*, nació en Lucena; pero residió gran parte de su vida en diversos lugares del reino de Granada, ejerciendo la medicina. Hasta el siglo pasado permanecieron inéditas cuatro sátiras suyas en tercetos, que se estamparon, al fin, en el tomo ix del *Parnaso Español*. Son de carácter bastante horaciano, en especial la que censura *varias necesidades*, y la enderezada *contra los malos poetas afectados y oscuros en sus poesías*. No carecen de rasgos de ingenio, pero, en general, no pasan de medianas. Así en estas como en otras poesías suyas, Barahona fué grande imitador de Juan de la Cueva, cuyas obras suelen andar mezcladas con las suyas en los antiguos códices.

Poco me resta que decir de los poetas de la escuela granadina. Sus últimas glorias, Mirademscua y Pedro Soto de Rojas, rara vez fueron horacianos. Del segundo recuerdo una bella canción *A la primavera*:

«La primavera hermosa,
Bella madre de flores,
Viene esparciendo amores
Con mano generosa,
Y el céfiro templado
Con dulce aliento solicita el prado...»

Tampoco fué Horacio el favorito de los vates cordobeses. Ni Pablo de Céspedes ni Juan Rufo le imitaron nunca de propósito. Carrillo de Sotomayor compuso dos canciones sobre el asendereado tema de la vuelta de la primavera, con ideas, en parte, horacianas, aunque el estilo diste mucho de parecerse al del lírico de Venus. Algunas de las poesías de Góngora, en su primera época, pertenecen á la lírica clásica. Sirva de ejemplo la linda canción

«Corcilla temerosa,
Cuando sacudir siente
Al soberbio Aquilón con fuerza fiera
La verde selva umbrosa...»

el soneto

«Ilustre y hermosísima María...»

y la sátira en tercetos á la vida de la corte. Buscar en sus posteriores desvaríos la huella horaciana, fuera excusado intento.

VI.

Valencia, donde aún duraba el eco de los sentidos cantos de Ausias March y de las punzantes sátiras de Jaume Roig, dió albergue en el siglo xvi á una brillante escuela poética, de la cual fueron espléndido ornámento los Aldanas, Fernández de Heredia, Ramírez Pagán, Timone-

da, Gil Polo, Cristóbal de Virués, D. Alonso Girón de Rebolledo, Rey de Artieda, el canónigo Tárraga, Aguilar, Guillén de Castro, y muchos otros. Las tendencias *dramáticas* de esta escuela sirven para distinguirla y caracterizarla entre las demás peninsulares, pero no hemos de estudiarla ahora en ese concepto. Las reminiscencias de la poesía catalana contribuyen á dar color al grupo valentino, y la afición al cultivo de la sátira fácil y ligera, manifiesta en el *Cancionero de la Academia de los Nocturnos*, es otro de los rasgos más señalados de su fisonomía artística. Dicho se está que en la patria de los grandes humanistas Vives, Núñez, Oliver, Falcón, Honorato Juan, Vicente Mariner, tampoco habían de faltar imitadores de la lírica antigua. No fueron, con todo, muy numerosos. El capitán Francisco de Aldana, á quien algunos han supuesto tortosino, era hombre de altos pensamientos, pero versificador tan duro y escabroso, que deja atrás á Boscán y á D. Diego de Mendoza. Inclúyense en la primera parte de sus *Poesías* tres epístolas, una á su hermano Cosme, otra á *Galanio*, y la tercera á un amigo que no se nombra, imitaciones todas de las de Mendoza, y pertenecientes, por tanto, al género de Horacio. En la segunda parte se insertan unas octavas en loor de la *vida retirada*, reproducción de algunos pensamientos del Venusino.

Ningún poeta de Valencia sobrepujó á Gil Polo en amenidad y halago. Las poesías insertas en su *Diana* presentan algunas reminiscencias de Horacio. Tal acontece en las *Rimas provenzales* del libro I, por más que los pensamientos allí expresados pertenezcan también á otros poetas latinos como Virgilio y Tibulo, siendo además visible la influencia de Garci-Lasso y otros bucólicos nuestros. Son muy de notar las innovaciones métricas de Gil Polo. Á él se deben, aparte de las *Rimas provenzales*, los únicos *alejandrinos* que tal vez se compusieron durante el siglo XVI:

«De flores matizadas se vista el verde prado,
Retumbe el hueco bosque de voces deleitosas,
Olor tengan más fino las coloradas rosas,
Floridos ramos mueva el viento sosegado.»

Pero volvamos á Horacio. La epístola de Cristóbal de Virués, y las liras de su hermano Jerónimo *A la libertad*, no son sobresalientes. No diré otro tanto de los *Discursos*, *Epístolas* y *Epigramas de Artemidoro*, pseudónimo de Micer Andrés Rey de Artieda, poeta más aragonés que valenciano, y casi comparable en su género á los hermanos Argensolas. Fúndase sobre todo la celebridad de Rey de Artieda en su *Epístola acerca de la comedia*, dechado de aticismo, discreción y fáciles versos. No es su doctrina libre y revolucionaria como la de Juan de la Cueva;

pierden parte de su fuerza y hieren débilmente, menoscabándose así el efecto final. La forma monótona del terceto, aunque manejada por ellos superiormente, contribuye al cansancio del lector, demostrando fatiga en el poeta mismo, que en ocasiones parece deseoso de acabar la sátira, y, no encontrando medio, y arrastrado por la intermitencia de la versificación, prosigue eslabonando tercetos. En Horacio no hay palabra que huelgue: en los Argensolas hay muchas, y largos pasajes, y digresiones eternas, que pueden sin dificultad suprimirse. Horacio posee una variedad inagotable de asuntos y de medios artísticos. La aparatosa severidad de los estoicos; la sensualidad de los epicúreos de baja estofa, personificados en Cacio; el elogio de la frugalidad en boca de Ofelo; las diversas locuras de los hombres en el diálogo con Damasipo; la vanidad nobiliaria; el adulterio; los peligros de escribir sátiras; el ridículo altercado de Persio y Rupilio; las donosas relaciones del viaje á Brindis y de la comida de Nasidieno; los hechizos de Sagana; las astucias de los *captiverencias*; todo esto aparece en las amenísimas sátiras del vate de Ofanto, rico museo de la sociedad romana en el siglo de Augusto. En cambio, los Argensolas apenas encuentran asuntos en que ejercitar su humor satírico, y rara vez salen de la entonación magistral y senten-

ciosa que desde el principio afectan. Pero esto es cuanto se ha dicho y puede decirse en reprehensión suya: en lo demás, sólo merecen elogios. ¿Quién los igualó (con ser aragoneses) en lo puro y castizo de nuestra dicción? ¿No se les deben infinitas frases felices por lo acerado de la sentencia ó por la asociación oportuna de las palabras? Aunque su estilo no tenga la originalidad ni el nervio que ostentan las sátiras de Quevedo, ¿cabe dudar que es de los más clásicos y mejor trabajados de nuestra lengua? El respeto y amor al arte que campean en los escritos de ambos Argensolas; lo acertado y á veces profundo de sus máximas; la sagacidad de sus observaciones de costumbres; el color local y de época, menos del que se apeteciera, pero grande al cabo; y sobre todo esto, el sabor clásico imperecedero, son bastantes á librar del olvido esas preciadas joyas de la escuela aragonesa.

Del secretario Lupercio se conservan una epístola y una sátira. La carta

«Aquí donde en Afranio y en Petreyo
A César se rindió la vez primera
La no vencida suerte de Pompeyo...»

es obra de sus mocedades, y fué compuesta en Lérida, como de ese terceto se deduce. Se nota en ella más soltura y desaliño que en otros versos del poeta, y el tono es jovial y regocijado.

Toca el satírico varios asuntos, é invectiva principalmente á los parásitos y aduladores:

« Así se canonizan hoy los vicios,
Y se compran y venden los favores,
Y son los grandes príncipes propicios.
..... »

La sátira *A la Marquesilla* es famosa, y se encuentra reproducida donde quiera. Ha sido, y con justicia, una de las obras más encomiadas por nuestros preceptistas y críticos al modo clásico. En estos elogios entra por mucho la delicadeza con que el secretario aragonés acertó á tratar una materia de suyo escabrosa, hasta el punto de que en su descripción de los enredos y trapacerías de Flora, apenas hay pensamiento ni palabra ofensivos á los castos oídos. Por otra parte, la sátira se ostenta llena de vida y animación en sus pinturas, y aunque nada corta (defecto común en los Argensolas), léese sin dificultad, y se relee con agrado. No faltan alusiones contemporáneas; pero son muchos más los recuerdos clásicos. De Ovidio está tomado en sustancia, aunque con variantes que lo mejoran, el pasaje célebre:

« Y cuando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el portugués con el joyero,
Éste con oro, el otro con Holanda...
Atraviésase luego Magdalena,
Pide para chapines ó una toca,
Y tu paje de lanza pide estrena... »

En algunos trozos parece que el autor se propuso imitar la sátira de Juvenal contra las mujeres, pero ni tiene sus declamaciones ni su amargura, ni peca en desnudeces excesivas. El alma de la composición es horaciana.

Sabido es que Jáuregui y Quevedo trataron el mismo argumento, el primero en la epístola

« Bien pensarás ¡oh Lidia! engañadora... »

y el segundo en la sátira

« Pues más me quieres cuervo que no cisne... »

Pero Jáuregui no tenía verdadero ingenio satírico, y en cuanto á Quevedo, que le poseyó en más alto grado que ningún poeta castellano, quedó allí inferior á Lupercio en igualdad, decencia y gusto, cuanto le supera en originalidad y brío.

Son ingeniosos y pertenecen á la sátira *horaciana* los tercetos leídos por Lupercio en la Academia Selvaje para explicar el nombre de *Bárbaro* que su mujer le había impuesto. Resplandece en ellos el don de la brevedad, rara vez alcanzado.

Rica es la cosecha de sátiras y epístolas que nos legó Bartolomé Leonardo. Nueve, y todas de grande extensión, son las originales impresas.

Abre el catálogo la encabezada

« ¿ Estos consejos das, Euterpe mía?
Tu plática me deja de manera
Que no sé si te lloro ó si me ría... »

que recuerda los diálogos horacianos con Trebacio y Davo. Euterpe aconseja al poeta que la abandone y procure por diversos medios acrecentar su hacienda y hacerse lugar en el mundo. Bartolomé procura destruir sus argumentos, alegando la propia incapacidad para los negocios de la vida, y lo vano y perecedero de las grandezas humanas, tesoro que se transforma en carbones. Encierra esta sátira pasajes que demuestran una vez más contra rancias preocupaciones la libertad casi absoluta con que se hablaba y escribía de todo en la España de nuestros mayores. Argensola no teme decir:

« Ni á Italia has de pasar por beneficios,
Para darles asalto, con la capa,
De que son subrepticios ú obrepticios.
Para engañarlo no verás al Papa,
Aunque te llame el golfo de Narbona,
Tan pacífico en sí como en el mapa.
Que si Micer Pandolfo trae corona
Y prebendado ha vuelto ya, Dios sabe
Cuál Simón le ayudó, Mago ó Borjana. »

¿Qué dirán á esta y otras citas por el estilo los que siempre sueñan con la *intolerancia* y el *despotismo*?

Siguiendo la costumbre de Horacio, intercala Bartolomé en sus sátiras cuentos y fábulas. En esta se refiere el caso del labrador que pensó haber encontrado un tesoro.

La segunda de dichas piezas, no en el orden

cronológico, sino en el de las ediciones, es la epístola

« Para ver acosar toros valientes.... »

dirigida á D. Fernando de Borja, virey de Aragón. Como en obra de la madurez del poeta, el elemento satírico cede allí al moral y filosófico. La doctrina se pone en boca de

« Cierta bien entendido cortesano.... »

que no es otro que el gran conde de Lemos, entonces retirado de la corte, y en desgracia. De él escribe el rector de Villahermosa:

« Allí se ajusta bien con el modelo
Del cuerdo labrador que pinta Horacio,
Con poética voz llamado *Ofelo*.... »

Mayor celebridad ha obtenido la sátira

« Dícesme, Nuño, que en la corte quieres.... »

brillante imitación de Juvenal en estilo y asunto. ¡Cuánto supera á la insípida sátira de Boileau sobre los inconvenientes de París! ¡Qué indignación tan verdadera y sostenida la de Argensola contra la depravación de costumbres! Lástima que largos consejos pedagógicos, acomodados en verdad al intento del poeta, entorpezcan y debiliten aquella briosa censura de la corte de los Felipes. La juventud noble, degenerada del alto ser de sus abuelos, es el principal blanco de las iras del canónigo aragonés. El pasaje relativo á las dueñas, *autoridad y norte de la casa*,

y terceras de toda intriga amorosa, es la perfección del género. Nunca dió la sátira castellana versos más nutridos, ni frases más vigorosas y pintorescas:

«El agráz virginal de las alumnas
En las prensas arroja, aún no maduro....
La grave autoridad de la moneda
Del áspero desdén nunca ofendida,
Porque jamás oyó respuesta aceda....»

La epístola

«Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro....»

tiene el mismo asunto que la anterior, con leve diferencia. Pero el tono es diverso, y mucho más horaciano que juvenalesco. La descripción de su granja y de los placeres sencillos que allí esperan al poeta, así como el cuento de los dos ratones, es de Horacio.

Y vaya otra muestra del modo cómo escribían en ciertas materias nuestros satíricos:

«Y Crisófilo cauto, con la treta
Del volador Simón, la mitra agarra
Con que después la indocta frente aprieta,
Para oprimir la Esposa como sierva,
Dándole á César el peculio nuestro,
Que sus ovejas él no las conserva
Sino por el vellón que les trasquila,
Sin celo de que rumien sal ni hierba.»

El marqués de Cerralbo, joven de livianas costumbres, decidido ya á mejorar de vida, escribió á Bartolomé Leonardo su propósito. Lo

cual dió motivo al severo censor para enderezarle la epístola

«No te pienso pedir que me perdones....»

en que le manifiesta algunas dudas sobre la sinceridad de su conversión. Ha sido muy celebrada la fábula *El águila y la golondrina*, aunque prolija y afeada por una impertinente enumeración de todas las aves que el poeta conocía.

Para que no se me pueda hacer un cargo semejante, aligeraré esta noticia de las sátiras y epístolas de Argensola. Dos de ellas versan sobre materias literarias.

«Yo quiero, mi Fernando, obedecerte....»

«Don Juan, ya se me ha puesto en el cerbelo....»

y son modelos horacianos. Allí compiten la sabiduría de los preceptos, la agudeza de la crítica y los primores de estilo y lengua. De Horacio está tomada buena parte de la doctrina, pero diestramente rejuvenecida. Lo que sintetiza las teorías literarias del autor son estos dos tercetos:

«Por esa docta antigüedad escrita
Deja correr tu ingenio, y sin recelo,
Conforme á tu elección, roba ó imita.
Suelta después al voluntario vuelo
Pomposa vela, en golfo tan remoto
Que no descubra sino mar y cielo.»

Con esta libertad entendieron el principio de imitación casi todos nuestros clásicos. De la amenidad y halago que ponía Argensola en la

crítica literaria, dé muestra esta censura del estilo cortado y sentencioso, tan de moda en su siglo:

« Mas quien al genio floreciente y vago
De Séneca llamó cal sin arena,
No probó los efectos de su halago.
No niego yo que de sentencias llena
La agudeza sin límites congoja,
Y al rigor con que hiere, nos condena:
Como la nube que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas,
Que aquí destronca, y acullá deshoja,
Y al golpe de las recias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada,
Que yace entre las ramas esparcidas. »

Con esta otra graciosa imagen pinta los efectos de lo que él llama *estilo llano*:

« Como en invierno descender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baja ni se mueve;
Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento
Los cubre y fertiliza sin ruido.... »

Donde más aparece la discordancia de estas epístolas con las que forman el *Ejemplar poético* de Juan de la Cueva, es en lo relativo al teatro. Argensola proclama el rigorismo clásico

« Yo aquellas seis ficciones reverencio
(¿ Cómo que reverencio? que idolatro)
Que en sus cinco actos desplegó Terencio.... »

Mas era partidario de la libertad del ingenio,

y claro lo prueba en este final de la primera epístola:

« Y si algún Aristarco nos acusa,
Sepa que los preceptos no guardados
Cantarán alabanzas á mi Musa.
Que si sube *más que ellos* ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán, y no agraviados.
Así habrás visto alguna Ninfa hermosa
Que desprecia el ornato, ó lo modera
Quizá con negligencia artificiosa.... »

Con igual juicio satiriza el Rector de Villahermosa los centones de versos latinos, el amoroso discreto de los petrarquistas, y otras enfermedades literarias de entonces. Apenas hay que escoger en estas epístolas: son oro puro y cendrado.

Más breves y de menor importancia me parecen las dos cartas á Fernando de Soria Galvarro, y al príncipe de Esquilache, contestaciones á otras de los mismos que van insertas entre las de nuestro doctor. Ambos poetas pertenecen á su escuela: del segundo hablaré en seguida. El primero, aunque sevillano, llama *maestro suyo* á Argensola, y sigue en aquella pieza, única suya que he leído, el estilo de la escuela aragonesa. Bartolomé le apellida en su contestación

« La esperanza mayor del siglo nuestro.... »

Fáltame decir algo de los Argensolas como